

Un rol humanitario en Medio Oriente para la Unasur

Khatchik DerGhougassian

OCTUBRE DE 2014

- La opción de la intervención militar volvió a la agenda internacional desde que en junio el Estado Islámico en Irak y Siria ocupó la ciudad iraquí de Mosul para luego expandirse en una suerte de *blitzkrieg* y dominar un vasto territorio entre Irak y Siria, cambiar su apelación a Estado Islámico (EI) y anunciar el Califato.
- El fracaso de la comunidad internacional en prevenir la limpieza religiosa del EI y el afán militarista de la intervención de Estados Unidos y sus aliados sin una estrategia política revelan la necesidad de una profunda reforma de las instituciones internacionales. El tema está en la agenda de varios países socios de la Unión de las Naciones Suramericanas (UNASUR) y fue evocado en la última Asamblea General de la ONU por líderes sudamericanos.
- Para darle credibilidad y fuerza a su pedido de reformas, sin embargo, los países sudamericanos deben asumir mayores compromisos en la agenda internacional y dar prueba de un liderazgo que se diferencie de la lógica del poder de las potencias dominantes.



A principios de agosto, Washington respondió a los avances del Estado Islámico (EI) en Irak y Siria con bombardeos aéreos para detener el avance de los islamistas sin saber qué más hacer. Luego, el 10 de septiembre, en un discurso público ampliamente comentado, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, aclaró que el compromiso estadounidense se limitaría a ese procedimiento bélico, descartando la intervención militar en el terreno.

La “Responsabilidad de Proteger”

La estrategia militar de bombardeos aéreos tiene dos antecedentes: Kosovo en 1999 y Libia en 2011. En el primer caso, la intervención unilateral de la OTAN se justificó por la causa humanitaria de impedir la limpieza étnica de los kosovares albaneses y aceleró el debate en Naciones Unidas, que en 2005 adoptó la “Responsabilidad de Proteger” (R2P) como normativa de intervención para salvar a poblaciones en el riesgo de exterminio. Esa normativa se usó para implementar la misma modalidad bélica en Libia, precipitando la caída del régimen de Muammar Gadafi. Se puede debatir si en ambos casos se pudo prevenir un crimen de lesa humanidad en gestación pero lo cierto es que Kosovo sirvió como plataforma para la expansión de la OTAN en los Balcanes. En cuanto a Libia, la irresponsabilidad de las consecuencias de una intervención pensada en términos exclusivamente militares es más que visible en el caos en que encuentra el país.

En el caso del EI, sería casi cínico hablar de prevención. Desde que dominaron el territorio, los seguidores del autoproclamado califa Abu Bakr al-Bagdadí se dedicaron a la sistemática limpieza religiosa de toda presencia humana o material que consideran impropia a su particular interpretación del Islam. El éxodo forzado de los cristianos, de los kurdos yazidis, la esclavización de las mujeres y demás crímenes masivos se entienden solo en la más absoluta lógica genocida.

Es decir, tanto como en Kosovo o Libia, la R2P se imponía en el caso de Irak. La causa humanitaria, sin embargo, se evocó poco y nada a la hora de pensar el intervencionismo en Washington, Bruselas y, últimamente, Ankara. Aun cuando el Consejo de Seguridad advirtió que lo que estaba ocurriendo

podría constituir un crimen contra la humanidad, ni Obama, ni David Cameron, ni François Hollande, para nombrar algunos intervencionistas, evocaron la R2P cuando ordenaron los ataques aéreos. Quizá para no deslegitimizar aún más un intervencionismo desacreditado por la falta de objetivos claramente definidos.

Qué pueden hacer los países sudamericanos

El fracaso de la comunidad internacional en prevenir la limpieza religiosa del EI y el afán militarista de la intervención de Estados Unidos y sus aliados sin una estrategia política revelan la necesidad de una profunda reforma de las instituciones internacionales. El tema está en la agenda de varios países socios de la Unión de las Naciones Suramericanas (UNASUR) y fue evocado en la última Asamblea General de la ONU por líderes sudamericanos. Para darle credibilidad y fuerza a su pedido de reformas, sin embargo, los países sudamericanos deben asumir mayores compromisos en la agenda internacional y dar prueba de un liderazgo que se diferencie de la lógica del poder de las potencias dominantes.

Atender el desastre humanitario en Medio Oriente es una oportunidad. Hay que aclarar que no existe ninguna prueba de predisposición a asumir tal responsabilidad en las distintas agendas de política exterior de los países sudamericanos. La ausencia de intereses estratégicos, la experiencia de los países sudamericanos en las misiones de paz, el aferramiento al derecho internacional y el acercamiento e integración de la última década no son razones que resistan a un análisis crítico a la hora de averiguar el interés que puede generar un protagonismo sudamericano en Medio Oriente en términos humanitarios.

La ausencia de intereses estratégicos en esa región hace que cualquier iniciativa de intervención humanitaria de parte de países sudamericanos goce de credibilidad a causa de la deslegitimación que ha sufrido el modelo intervencionista actualmente existente e identificado con el liderazgo occidental. En este sentido, sin embargo, el pensamiento político sudamericano no debería abordar los principios humanitarios, la R2P más precisamente, como una



justificación para la intervención militar. Al contrario, debería formular argumentos para denunciar y neutralizar su abuso y asegurar que sirvan para sus fines nobles.

La iniciativa brasileña de enfocar la “responsabilidad de proteger” en el ámbito de la ONU es la base sobre la cual puede desarrollarse una estrategia sudamericana de reforma de la normativa, no para cuestionar su necesidad o frenar su implementación sino para trascender su práctica en términos casi exclusivamente militares. Será, a la vez, un paso hacia la reforma de una normativa internacional.

Los países sudamericanos tienen una experiencia histórica en las misiones de paz. Más aún, para países como Argentina, la década de los 90 significó una mayor apuesta al rol de los militares en las misiones de paz. A tal punto que el país, junto con Chile, se ha transformado en una vanguardia en la innovación del área con la creación de la fuerza conjunta argentino-chilena Cruz del Sur. Además, ha ideado e implementado los Cascos Blancos, cuya misión es precisamente atender situaciones desastrosas. Medio Oriente es el ámbito donde urge tanto un conocimiento y liderazgo de misiones de paz así como atención a los desastres causados por los conflictos bélicos.

Del intervencionismo al humanitarismo

El respeto al derecho internacional siempre ha sido para los latinoamericanos una forma de tratar de frenar el intervencionismo e impedir la violación de la soberanía nacional. Considerando el episodio de los “fondos buitres” y su amenaza, que trasciende el caso argentino, el aferramiento a la no violación de la soberanía nacional mantiene su importancia estratégica en la política exterior de los latinoamericanos. Pero la soberanía nacional tiene poco sentido en un contexto convulsivo como el de Medio Oriente, que atraviesa un proceso de profunda reformulación geopolítica incluyendo la redefinición de las fronteras estatales dibujadas en su momento por el colonialismo europeo.

La ironía de la situación consiste en que, por un lado, Estados Unidos y sus aliados europeos hacen

poco y nada para implementar las decisiones de la ONU y facilitar la creación del estado palestino mientras, por otro lado, no dudan en manipular los principios internacionales para cerrar los ojos sobre el comportamiento de sus aliados y clientes en la región que desde Bahréin hasta Siria e Irak han violado estos principios.

La iniciativa concertada de algunos países sudamericanos apoyando la creación del Estado palestino es un paso positivo, sin ninguna duda, en el sentido de hacer valer las decisiones internacionales. En el caso de los desastres humanitarios, sin embargo, se debe dar prioridad a la condición de las poblaciones más vulnerables -los cristianos y los kurdos- cuyo derecho de existencia ha sido negado por los islamistas. En otras palabras, si a principios del siglo XX los pensadores latinoamericanos hicieron historia con doctrinas en defensa de la soberanía nacional, el siglo XXI urge una innovación de esta tradición latinoamericana del pensamiento político-jurídico, enfocando esta vez el compromiso humanitario universal.

El terreno está listo: la democratización en los años 80 y los procesos de juicio y castigo a las dictaduras militares han hecho de los derechos humanos un aspecto casi identitario de la política exterior de muchos países sudamericanos. El rol activo que asumieron en la creación de instancias como la Corte Penal Internacional, la promoción de normativas como el derecho a la memoria, y las denuncias a regímenes genocidas como Sudán les dan a estos países una base de credibilidad para abordar la cuestión de la reforma de los principios humanitarios, incluyendo la R2P, y su implementación.

El posible rol de la UNASUR

La UNASUR y su Consejo de Defensa Sudamericano son un ámbito institucional perfectamente adecuado para tratar un potencial rol sudamericano de intervención humanitaria. Se entiende que no todos los miembros de la UNASUR tendrán el mismo interés en el tema pero aquellos que han demostrado sensibilidad con el tema de derechos humanos y predisposición a asumir protagonismo en la agenda internacional podrían tomar la iniciativa y liderar un proceso que tiene tres aspectos: estratégico-político, jurídico y práctico. Con respecto al



aspecto estratégico-político, se trata de concertar y coordinar un cuestionamiento crítico a la mala praxis y el abuso de los principios humanitarios en los ámbitos internacionales y de proponer alternativas. El aspecto jurídico del tema consiste en asentar bases sólidas para impedir estos abusos y orientar la intervención en su objetivo exclusivamente humanitario. En la práctica, finalmente, el proceso de institucionalización de la integración de la seguridad y defensa en Sudamérica debería abrir una instancia para definir las estructuras cívico-militares de la intervención humanitaria y dejar claro que los bombardeos aéreos no van a lograr el objetivo de salvar a poblaciones vulnerables y amenazadas en su derecho de existencia. Salvando la distancia, el antecedente de un rol de los militares en caso de desastres naturales puede servir como modelo para pensar la intervención humanitaria.

De todos los países sudamericanos, Uruguay es el que hasta ahora ha tomado más protagonismo en el tema humanitario. En este sentido, desde la pro-

puesta de recibir presos de Guantánamo hasta la discusión en torno de los refugiados sirios, el presidente José Mujica ha dado un ejemplo casi único de un estadista firme en su defensa de principios, en un aporte a una tradición que se remonta a Raúl Alfonsín y se consolida en el contexto del “giro a la izquierda” de la última década y sus figuras más destacadas como Néstor Kirchner, Hugo Chávez e Inácio Lula da Silva.

Quizá sea tiempo de instalar el tema en el ámbito de la integración para darle un nuevo impulso a la UNASUR y su lugar en el mundo. El humanitarismo es una gran tradición que se remonta a la Ilustración y caracteriza lo mejor de la civilización occidental en su gran auge en el siglo XVIII. Como la parte sureña de esta civilización, América Latina podría tomar la iniciativa de darle un sentido progresista al humanitarismo abusado, tergiversado y desacreditado por dos siglos de prácticas colonialistas e intervenciones imperialistas que amenazan prolongarse en el siglo XXI.

**Autor****Khatchik DerGhougassian**

Profesor de Relaciones Internacionales
de la Universidad de San Andrés.

Responsable

Florencia Grieco
Equipo editorial | Coordinadora de proyectos
fgrieco@nuso.org

Nueva Sociedad | Fundación Friedrich Ebert
Defensa 1111, 1° A | C1065AAU
Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel./Fax: +5411 4361-4108 / 4361-4871
www.nuso.org

Nueva Sociedad

Revista latinoamericana de ciencias sociales abierta a las corrientes de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social en América Latina y el Caribe. Se publica en forma bimestral desde 1972 y actualmente tiene sede en Buenos Aires, Argentina. NUEVA SOCIEDAD es un proyecto de la Fundación Friedrich Ebert.

No está permitido ningún uso comercial de los medios editados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) sin consentimiento de la FES por escrito.

Las opiniones vertidas en esta publicación no necesariamente son las de la Fundación Friedrich Ebert.